



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

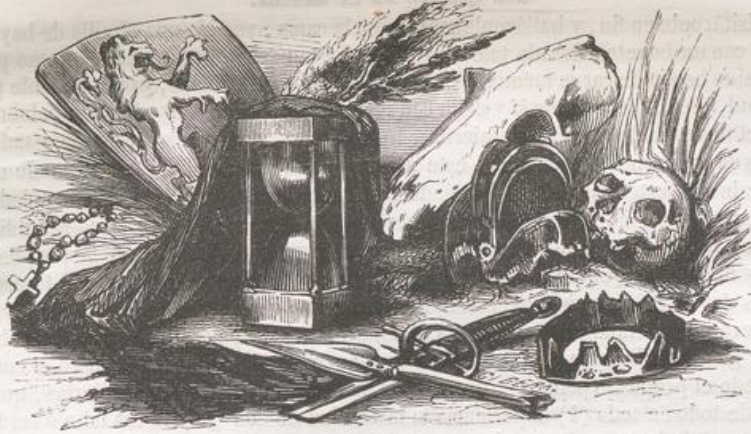
El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Don Quijote De La Mancha. Parte Segunda. - Capitulo Primero. De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA. — CAPITULO PRIMERO.

De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad.



CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazon y el cerebro, de donde procedia segun buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habian acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capitulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballeria por no ponerse á peligro de descoser los (1) de la herida, que tan tiernos estaban.

(1) Esto es, *puntos*. En esta acepcion significa *puntadas* en las obras de costura, y está usada la palabra metafóricamente, refiriéndose á la antigua práctica quirúrgica de coser las heridas, cuya estension se espres-

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne mómia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegante palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera ronovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosas de caballerias, quiso hacer de todo en todo (1) experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la corte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio ni adonde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Magestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió don Quijote: su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejále yo que usara de una prevencion, de la cual su Magestad la hora de ahora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á don Quijote cual era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo don Quijote, no será impertinente sino perteneciente (2). No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los mas arbitrios que se dan á su Magestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino (3). Pues el mio, respondió don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el mas fácil, el mas justo y el mas mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuesa merced, señor don Quijote, dijo el cura. No querria, dijo don Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé histo-

saba por el número de puntadas necesarias para cerrarlas. Esta espresion recuerda una chistosa aventura de la novela RINCONETE Y CORTADILLO. Cuenta en ella Cervantes, que un caballero ofreció cincuenta ducados á un maton de oficio, porque diese á un mercader, su enemigo, una cuchillada de *catorce puntos*. Pero calculando el bravonel que un chirlo tan largo no cabia en la cara del mercader, por ser pequeña, lo ejecutó en la de su criado que se componia de unos buenos molletes. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(1) *De todo en todo*, esto es, una entera ó completa experiencia. — Arr.

(2) *Perteneciente*, es decir, á propósito. — D. A.

(3) Por las razones que dice aquí el autor, ó porque en el siglo xvii era mayor el número de proyectistas, se escribieron muchas invectivas y sátiras contra ellos, especialmente por el docto y jocoso D. Francisco de Quevedo; y el mismo Cervantes vuelve á jabonarlos, como suele decirse, en la novela del *Coloquio de los Perros*, donde introduce un arbitrista, que para desempeñar el real erario propone el arbitrio de un ayuno general en todo el reino y por todos los vasallos del rey, desde edad de 14 hasta 60 años. — P.

rias, dijo don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que se que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á vuesa merced quién le fia, señor cura? dijo don Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal (1) dijo á esta sazón don Quijote, ¿hay mas sino mandar su Magestad por público pregon que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Estenme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme, ¿cuantas historias estan llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el Turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo don Quijote: caballero andante he de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el barbero: suplico á vuestas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia don Quijote, y el cura y los demas le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falto de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discrecciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y poniéndole con el loco habló con él una hora y mas, y en todo aquel tiempo jamas el loco dijo razon torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente (2), que el capellan fue forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacian porque dijese que aun estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenia era su mucha hacienda, pues por gozar dellas sus enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le habia hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente él habló de ma-

(1) Cuerpo de Dios, ó de Cristo, ó de mí. Esclamacion. — D. A.

(2) En esta acepcion quiere decir *con tiento*, con prudencia. — D. A.

nera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarse consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las preven- ciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y de- centes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes: y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposi- ble: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, tambien le volverá á él si en él confia: yo tendré cuidado de en- viarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacios y los cerebros llenos de aire: esfuérzese, esfuérzese, que el descacamiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cue- ros, preguntó á grandes voces quien era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decis, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y aborrateis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones (1). ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo ame- nazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.

A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respon- dió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro dia, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se

(1) Visitar las iglesias y rezar aquellas oraciones prevenidas para ganar indulgencias. — D. A.

medio corrió el capellan : desnudaron al licenciado , quedóse en casa , y acabóse el cuento.



¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo don Quijote, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y mas

leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentia, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no díganme, ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galán que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? ¿y quién mas gallardo y mas cortes que Rugero, de quien deciden hoy (1) los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? (2) Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor hacia que le entiendo.

En verdad, señor don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fue buena mi intencion, y que no debe vuesa merced sentirse. Si puedo sentirme ó no, respondió don Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió don Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió don Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras si sustentándola sobre los hombros de la verdad, la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadis pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores y estaturas.

¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió don Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la santa Escritura,

(1) Rugero ó Rugiero es uno de los paladines que entran en los sucesos principales del *Orlando* de Ariosto, como obra dirigida á celebrar las glorias de los duques de Ferrara.

(2) No es segun Turpin, al cual nunca se ha atribuido nada de *cosmografía*; sino segun Ariosto, en el *Orlando furioso*, cuyo héroe verdadero es Rugero — VIARDOT.

que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y



tan grandes como grandes torres; que la geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado (1); y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de don Roldan, y de los demas doce pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasia, amigo de ladrones y de gente perdida.

De Roldan, ó Rotolando, ú Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño (2), velloso en el cuerpo, y de

(1) El libro donde se refieren principalmente las hazañas de este gigante es el *Morgante Maggiore* de Luis Pulci. — P.

(2) Esto es, de barba rubia, y si es barbitaheño, como quieren otros, de barba áspera y herizada. — P.

vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fue Roldan mas gentil hombre que vuesa merced ha dicho, replicó el cura, no fue maravilla que la señora Angélica la bella le desdenase y dejase por la gala, brio y donaire que debía tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar (1) antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió don Quijote, señor cura, fue una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo (2). El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasidamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fue como profecia, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz (3) lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano (4) cantó su hermosura.

Dígame, señor don Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algun



CASPAR

poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió don Quijote, que si Sacrispante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdenados y no admitidos de sus damas fingidas ó no fingidas, en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trajo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

(1) Por amar, voz usada en los romances viejos. — P.

(2) Este amigo del pajecillo Medoro era otro llamado Dardinel, á quien sirvió con singular fidelidad y amor, como cuenta el Ariosto en los cant. xvii y xviii de su *Orlando*. — P. — Medoro fue herido y dejado en el sitio por muerto, yendo á levantar el cadáver de su maestro Dardinel de Almonte.

(3) Este poeta andaluz es Luis Barana de Soto, que escribió la primera parte de las *Lágrimas de Angélica*, en doce cantos. Se imprimió en Granada, año de 1586. — A.

(4) Lope de Vega Carpio, que escribió la *Hermosura de Angélica*. Imprimióse esta obra en Barcelona en 8º, año 1604. — A.